

**ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR, SANTIAGO ALFONSO LÓPEZ NAVIA (ED. LIT.), *LAS BODAS DE CAMACHO*. OVIEDO: LUNA DE ABAJO, 2023, 131 PÁGS.**

FECHA DE ENVÍO 15/10/2024

FECHA DE ACEPTACIÓN 08/11/2024

IRENE SÁNCHEZ SEMPERE

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LA RIOJA

La colección “El *Quijote* y sus interpretaciones”, impulsada por el Grupo de Estudios Cervantinos de la Universidad de Oviedo, se ha visto ampliada recientemente con una cuidada edición de *Las bodas de Camacho*, de Antonio Valladares de Sotomayor, realizada por Santiago López Navia. El volumen viene, así, a completar la ya extensa nómina de adaptaciones y reinterpretaciones europeas de la universal novela cervantina (con especial atención al ámbito teatral) recuperadas por este grupo de estudiosos. En concreto, la obra que nos ocupa es el resultado de un esfuerzo riguroso de documentación, contraste y erudición que consigue facilitar, tanto para el lector profesional como para el aficionado, el seguimiento del texto original.

Para su edición, López Navia ha acudido al único manuscrito conocido de la comedia de Valladares, conservado en la Biblioteca Nacional de España. Pese a las incertidumbres que atañen a la fecha de composición (es, con bastante probabilidad, anterior a la zarzuela homónima de 1772) y de representación, el crítico ofrece numerosos datos sobre el contexto de creación de la pieza teatral. Dentro de las recreaciones cervantinas, esta constituye una adaptación parcial que amplía libremente las acciones narradas en los capítulos 20 y 21 de la Segunda parte del *Quijote*. En la Introducción que antecede al texto, el editor ofrece breves pero precisas informaciones sobre el autor y la obra, el tema de las bodas de Camacho en las recreaciones teatrales del *Quijote*, la problemática datación de la pieza, el interés de la particular adaptación llevada a cabo por Valladares (a pesar de que esta tuvo menos éxito que la de Meléndez Valdés, fechada tan solo unos años más tarde), los personajes, la métrica y el estilo empleados, además de algunas observaciones sobre la presente edición.

De Valladares, López Navia ofrece una síntesis biográfica en la que se resaltan éxitos literarios como la aparición de su novela por entregas *La Leandra* o su producción teatral junto a Francisco Comella y Gaspar Zavala y Zamora (los principales representantes de la llamada “Escuela de Comella”). Estos contrastan con la serie de deudas, prohibiciones e incluso los dos procesos inquisitoriales a los que el escritor –de una vasta producción literaria– hubo de hacer frente en vida. El editor encuadra a Valladares dentro del pensamiento ilustrado oficial y como parte de un intento de renovación del teatro breve que busca, entre otras cosas, actualizar la tradición literaria española a través del registro cómico. Así, no es de extrañar que esta obra comparta



espacio con otras recreaciones del famoso episodio cervantino realizadas por otros autores del momento. Todas ellas tratan el conflicto amoroso entre Quiteria, Basilio y Camacho desde el triunfo del amor verdadero frente a la imposición y el interés paternos, un asunto que Valladares aborda asimismo en otras de sus creaciones. Esta circunstancia lleva a López Navia a afirmar que el dramaturgo se adelanta a otros contemporáneos, como Moratín, en el tratamiento literario de un tema de gran interés para los ilustrados.

La constante comparación de la comedia con el episodio novelesco en el que aquella se inspira permite calibrar el grado de reelaboración del dramaturgo. Con bastante frecuencia, Valladares adapta fielmente al verso las palabras de los personajes cervantinos, aunque otras veces introduce ciertas modificaciones, como cuando incluye en una acotación el dato de la espada que Basilio porta oculta en un bastón, y que sacará a su debido tiempo. De este modo, pone al lector –que no al posible espectador– sobre aviso de los acontecimientos posteriores, a diferencia de lo que sucedía en el *Quijote*, donde el narrador cervantino ocultaba convenientemente esta información para después producir en el público el mismo efecto sorpresa que experimentaban los personajes. El comediógrafo también elimina de su recreación cualquier elemento o referencia de orden religioso, lo que constituye una diferencia sustancial con la novela áurea.

Existe otro tipo de modificaciones debidas a exigencias de orden más práctico, como es la de reducir el número de personajes y concentrar en ellos varias voces, o la de trasladarles las palabras del narrador, que también se introducen en las acotaciones. Valladares crea asimismo personajes nuevos, como Leandro y Narcisa (padre y prima de Quiteria, respectivamente) o Perico y Antona (que aparecen entre un Coro de labradores). En cuanto a los protagonistas del triángulo amoroso, su caracterización es bastante fiel al original, con ciertas ampliaciones en el tratamiento del conflicto de Camacho, que no deja de poseer un espíritu honrado –ya declarado por Perico–, y que se manifiesta en las reservas morales que le suscita casarse con Quiteria al estar enamorada de Basilio, tal y como aprecia López Navia. En cuanto a don Quijote y Sancho, estos aparecen sin la complejidad de los originales y, por lo general, limitados a sus rasgos más prototípicos (loco y violento el uno, glotón y gracioso el otro), aunque tampoco faltan las ocasiones en que el hidalgo muestra su lucidez o el labriego enjuicia razonablemente las acciones de los demás. El autor sabe captar las claves de la singular relación entre ambos y las refleja en algunos detalles concretos. Así, recrea las palabras con las que Sancho confiesa su admiración por la sabiduría y el valor de don Quijote, o los razonamientos con que, apelando a los sentidos físicos más elementales, intenta demostrarle a su amo que no es objeto de ningún encantamiento: “¿Pues no han de ser [figuras de carne humana], si las veo / comer y hablar y se llaman / Pericos, Leandros, Camachos, / caminan, ríen y bailan / y hacen todo cuanto hacemos / los demás bien a las claras?” (2023: 108).

López Navia llama la atención sobre las ocasiones en que don Quijote emplea un registro coloquial con efectos humorísticos, distanciándose, por tanto, del estilo elevado que utilizaba en la novela. En este sentido, destaca el episodio de la boda burlesca entre Antona y Perico, donde es Sancho quien, atribuyéndose una potestad que no le corresponde e impulsado por la actitud indolente de don Quijote, oficia el enlace. Aquí es el novio el que se declara enojado por la pretensión de Antona, que es la enamorada, iniciándose un contrapunto de ribetes cómicos a la acción principal que mantiene, por otro lado, paralelismos con el conflicto planteado entre amor y obligación.

Al final de la Introducción, López Navia expone las formas métricas más utilizadas por Valladares: el romance octosílabo, que se ajusta convenientemente al ritmo dialogado, y la décima, que actúa en algunos de los momentos de mayor

intensidad dramática, aunque también aparece de forma ocasional la redondilla y, en los versos cantados, distintas modalidades de la octavilla aguda. La agilidad del diálogo se ve potenciada por un hábil control de la comicidad y una cuidada elaboración lingüística, consistente en la caracterización verbal de los personajes a través de arcaísmos y vulgarismos, juegos de palabras, hipérbatos y onomatopeyas, entre otros recursos. Asimismo, el editor recoge en notas a pie de página algunas incorrecciones gramaticales, la más frecuente de ellas, laísmos y leísmos, a los que se añaden algunos anacolutos, solecismos y otros errores de concordancia. El análisis del verso y la rima es riguroso y muy completo, lo que permite explicar ciertas licencias métricas del texto, como también resultan clarificadoras las notas en las que se explican algunos pasajes ciertamente oscuros o de sintaxis retorcida.

López Navia actualiza la ortografía y la puntuación, numera los versos, marca las distintas escenas, las diferentes acotaciones y los apartes. También señala convenientemente los saltos en el texto debido a la pérdida de algunos fragmentos en el manuscrito original. Es el caso de los versos que siguen al 272, que son incluidos en un Apéndice final procedentes de la zarzuela de 1772, y cuya originalidad solo se puede conjeturar.

El resultado es una encomiable labor de edición y recuperación de un texto dramático perteneciente a uno de los grandes periodistas y escritores ilustrados, lector y seguidor de Cervantes, cuya recreación nos informa hoy de la particular lectura realizada en el siglo XVIII de un episodio del *Quijote* que se convirtió en motivo de inspiración recurrente. La originalidad de Valladares y Sotomayor a la hora de añadir personajes nuevos, cuyas acciones y motivaciones se integran plenamente en la acción principal y contribuyen a justificarla, se equilibra con la fidelidad a la trama e incluso a las expresiones lingüísticas de la novela, en una clara muestra de revitalización del clásico.